

*"Y, la primera ley, creador:
crear. Bufe el eunuco; cuando una
musa te de un hijo, queden las
otras ocho en cinta"*

Rubén Darío, "Palabras Liminares",
Prosas Profanas.

A lo mejor consiste en ir poniendo una palabra detrás de otra. Ya está. He hecho una frase. La diferencia entre mi frase y la primera del Quijote, por poner un ejemplo fácil y abismal, sirve para reflejar una más de las eternas dicotomías que usamos para agruparnos y dividirnos en el mundo: el que crea algo que otros considerarán artístico, y el que querría pero no.

La voluntad de producir objetos agradables a nuestro entorno está presente en la vida humana desde que el hombre es consciente de sí mismo y de su presencia en el mundo. Esta voluntad estética activa, la creación, es tan legítima como su reflejo pasivo, el hecho de apreciar el objeto artístico y emitir un juicio valorativo: me gusta, no me gusta, y por qué. Ambas voluntades se contraponen y necesitan en el devenir del juego artístico.

Cuando la obra se publica, cuando se hace pública, se desencadena el proceso: el artista necesita que su obra sea apreciada, juzgada y valorada, y el crítico es el resultado de la especialización interpretativa del amor a los objetos artísticos: el que los aprecia, los juzga y los valora desde una perspectiva profesional, usando para ello unos parámetros que producen métodos, técnicas que crean escuelas, escuelas que crean corrientes de opinión en el público, y un auditorio que evalúa a su vez esa opinión formada. Porque paradójicamente, el propósito del crítico al valorar la obra es el mismo que el del artista: ser reconocido por otros, por el mismo público, y a ser posible que le concedan la razón. Así visto, la verdad, da la impresión de que la crítica parasita al arte; que busca el reconocimiento valiéndose del trabajo de otro. Pero no: la crítica y la creación son hijas legítimas del mismo fenómeno. No existe arte si no hay alguien que lo recibe y lo aprecia.

La crítica institucionalizada -o sea la que no es espontánea y ajena al universo arte, la que hoy vive en torno a departamentos universitarios o redacciones de periódicos, la que justifica sus opiniones y suele cobrar por ello- nace de la especialización en el permanente análisis del arte a través de los siglos: análisis de las formas, de los motivos, de las imágenes que el arte produce, de las influencias que origina. Hay críticos que fundan escuelas, que crean tendencias a la hora de analizar un fenómeno artístico. Situarse en una perspectiva inusual, usar un lenguaje críptico o cercano, evocar unos límites de análisis lindantes con cierta política, cierta ética o incluso etnia o tendencia sexual, son derivaciones -a veces histéricas- producidas por esta evolución histórica. Y en cualquier caso, todas las técnicas de análisis tienen siempre el mismo afán: buscan ascender de lo fragmentario a la unidad total para aprehender e intentar explicar el hecho artístico: aproximarse a aspectos parciales que construyan el cuerpo de un sentido integrado.

El que la crítica vaya por detrás de la creación, observándola a una distancia prudencial, es una mera cuestión de tiempos y formas: la crítica quiere encorsetar a la escritura, y ésta escaparse por entre sus costuras. La intoxicación entendida como voluntad de comunicar algo ajeno al objeto desde el objeto mismo es asimismo inherente a la crítica, como lo es la sobreinterpretación o la mala interpretación. La objetividad, apelada a veces a la hora de enjuiciar, es imposible desde el momento en que es un sujeto el que nos da su opinión. Aun así, y en una subjetividad mal entendida -y vista como excepción-, el uso del púlpito para expresar intereses personales o partidistas es un estigma que perseguirá siempre al colectivo.

Sobre púlpitos, y como ejemplo al vuelo, los padres de la Iglesia; fueron los críticos literarios de la Biblia, y con su exégesis establecieron unas reglas válidas para acompañar de ritos y significados simbólicos al sentimiento religioso europeo que fundó el cristianismo. Palabra de Dios, te alabamos señor. Dogmas fundados en la palabra escrita. Dogmas que han ayudado a construir una cultura y una civilización, la occidental. He aquí el *summum* de la crítica literaria: descifrar la palabra que Dios dicta al hombre y establecer con ella un sistema de vida y costumbres, o un sistema de control y de poder, según quien nos lo explique.

Pero dejando a un lado las intrigas de palacio, no hay que olvidar que la crítica nace como un acto de amor al arte. Y el amor se entiende en el ámbito de la sinceridad, la confianza, la honestidad, del juego cómplice de las conciencias. Nadie ama objetivamente, no hay amor al-pie-de-la-letra. Y ahí está la clave. Sostiene George Steiner en *Lenguaje y Silencio* que 'al mirar hacia atrás, el crítico ve la sombra de un eunuco. ¿Quién sería crítico si pudiera ser escritor?'. Parece contradictorio que publique esta frase en un libro de ensayos de crítica literaria. En el límite de la crítica con la creación artística parecemos entrever el combate entre la sapiencia y la imaginación, entre la acumulación grisácea de datos y el derroche de vida que no tiene otra salida de expresión que el arte.

Hemos sido nosotros los que hemos creado el concepto Arte. Hemos hecho cosas y le hemos puesto un nombre, le otorgamos una profundidad metafórica con responsabilidades civilizadoras o estéticas y después lo elevamos al altar, cubriéndolo con una vitrina. La convención, pendiente de lo conservado como referente y de lo que se produce hoy como posibilidad de cambio, emite el juicio, salvando y condenando al mismo tiempo. ¿Qué parámetros son los válidos para crear un objeto artístico? ¿Puede una obra crítica ser artística?

En el ámbito del arte, crear es ir construyendo, pero construir no es crear: un artesano no es un artista. Válido, exacto, adecuado, son palabras que van bien para el molde del alfarero, para la duplicación del objeto; pero el terreno donde el arte brota es precisamente el contrario: espacio desubicado, visión difusa, acecho de la otredad, instante aferrado, y si aquí recordamos la frase del señor Steiner, crítico sagaz y artista de la palabra, es precisamente para revelar que hay gente que borra las huellas de esa frontera imprecisa que separa a la creación de la repetición o la crítica. Un artista con sentido crítico, un crítico con sentido artístico, es una presencia que oscila libre y niega el valor de tal limitación. A lo mejor consiste en ir poniendo una palabra detrás de otra. Tal vez sí; tal vez es dejar que una palabra suceda a la próxima, que den forma a la niebla asemántica, liberando la voluntad de crear: jugar solo, jugar desnudo, jugar sincero.

Como un niño, explorar, maravillarse ante algo interesante y correr hacia él sin pararse a pensar que alguien siga su estela. Usar técnicas, basarse en métodos de análisis, considerar qué se hizo antes, todo para describir lo que el objeto inspira a la conciencia. Pero jugando sinceramente. Amando expresar lo que de humano tenemos: nuestra subjetividad. Que la corte de *castrati* haga los honores y se pronuncie, después. Que crean que crean.

Román Navarro Giner es Profesor de Español en la Universidad de Novi Sad (Serbia y Montenegro)